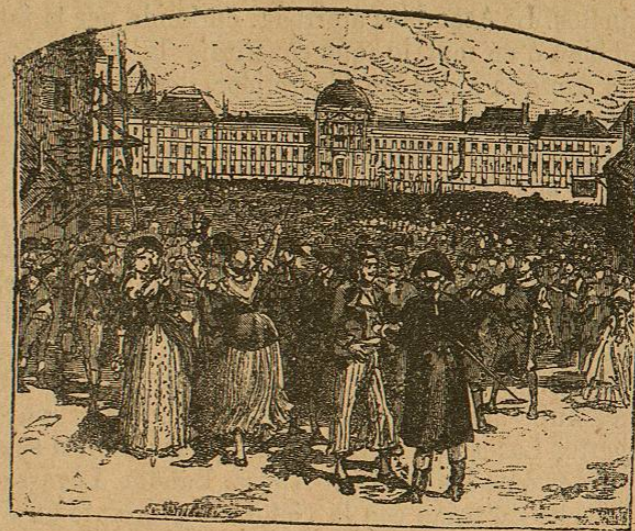


Proclamémoslo aquí para que nadie se equivoque. Los monumentos de esta época, sea cual fuere la violenta grosería de sus formas, testifican un carácter noble y elevado. *El culto á la idea, la fe acendrada á la ley.* Que se escriba la ley y todo se salvará. Aun en medio de los terribles movimientos de los últimos días de Mayo, los jacobinos en Bonconseil y los cordeleros en su club no sueñan más que en la Constitución.

Leed los informes del comité de Salud pública. La idea lo domina todo. El 30 de Mayo cuando se recibe la noticia de la victoria de los vendeanos, entre la insurrección de París se decreta la gran fundación de las escuelas. ¡Soberana fe en la luz, noble y fiera respuesta á las victorias de la barbarie!

¡Ah! Nada significa aun que hayan visto en este libro las violentas discusiones de la Convención. Es necesario observar la nobleza, la fuerza heroica que animaba á estos grandes patriotas dando á sus discusiones una base de amor y paz. En tales circunstancias Danton elogia á Vergniaud y éste á Saint-Just. Sobre los puntos más elevados de la filosofía era idéntica su opinión. Más de una vez brilló entre ellos la luz de la fraternidad, de la reconciliación, que hubiera sido la salvación de la Francia.



LIBRO VII

CAPITULO PRIMERO

PARÍS Y LA CONVENCION

Miserias y grandezas de la Convención.—Peligros que corría la Francia.—El crimen de la Gironda.—¿Existía gobierno?—La única fuerza organizada reside en los jacobinos.—Nuevos aspectos de la revolución.—La Montaña no quiere dar el gobierno á Robespierre.—Lo que quiere hacer la Convención.—Ausencia de gobierno.—El ejército revolucionario.—Marat y Robespierre guardadores del orden.

La Convención volvió á su cárcel el día 3 en la sombría y pequeña sala de espectáculos de las Tullerías, donde tan triste papel había representado la víspera. La Montaña entró temblando de ira. En aquellos bancos en que se encontró cautiva como la Gironda se veía á Gregoire que gritaba y gesticulaba, á Lacroix que había llorado; soportando las risotadas de las tribunas, se le representaba de nuevo el espectáculo de un montañés que habiendo necesitado salir se le envió una guardia compuesta de cuatro fusileros...

Los realistas bailaban de gozo: «El rey fué obligado á calarse el gorro frigio... Esta vez ha sido la Convención. Quizás se ponga un gorro verde y se convierta esta nueva realeza en una dictadura.» (*Revoluciones de París*).

¿Es esto decir que la Asamblea fué un conjunto de cobardes donde no había más que Sieyes?

Seamos justos. La Asamblea aterrada, oprimida por la fatalidad, ha constituido en bien ó en mal lo que constituía la naturaleza humana. Increíblemente benigna antes de Thermidor, después débil y furiosa, conducida al desastre por su terrible reacción, no ha asombrado menos al mundo por el heroísmo individual de sus miembros y por la admirable fecundidad de sus creaciones.

He aquí lo que le debe la historia.

Ninguna Asamblea contuvo jamás fuerzas tan vivas ni hombres tan dispuestos á morir por su deber. Estos diputados, ayer médicos, abogados, literatos, asombraron por su coraje á los Kleber, á los Desaix. Frecuentemente, cuando los militares retrocedían ellos avanzaban; y como Fabre, Aude, hicieron matar en el mismo sitio donde plantaron la bandera. Nunca hubo hombres más intrépidos que Merlinde, Thionville, los Bourbotte, Lacoste, Romme, Philippeaux; nunca se reveló una voluntad tan firme como las de Saint-Andre, Baudot, Levasseur.

«¿Habéis hecho un pacto con la victoria?» preguntó un diputado de la derecha. «No, más bien con la muerte» respondió el joven Bazire sentado junto á Danton.

¡Noble Asamblea, siempre fecunda á través de sus propias miserias, invencible ante los obstáculos! Mutilada en Thermidor, continua después con nueva vida.

Antes y después dota á la Francia de una multitud de instituciones. Cuantos gobiernos continúan después se apoyan en ella, pero la maldicen. Citan sencillamente sus leyes y se aprovechan de cuanto creó, reconociendo á pesar suyo su majestad soberana, fundadora, organizadora y que más que ninguna otra fuerza humana representa la indestructible fecundidad de la naturaleza.

Indiquemos cuando menos algunas de sus grandes creaciones.

Antes del 9 Thermidor.—Las primeras páginas del Código civil. La división de bienes comunales. El nuevo almanaque (astronómico científico). El sistema decimal. La uniformidad en las pesas y medidas. El Museo del Louvre. El Museo de los monumentos franceses. El Conservatorio de Música. El vasto Museo de historia natural, grande academia para la enseñanza de las ciencias de la Naturaleza. El Consejo de las Minas. La fabricación del acero y nuevas fábricas de pólvora.

Después del 9 Termidor.—La escuela normal, las escuelas centrales y primarias, es decir, el solo sistema completo de instrucción que ha existido en Francia. La escuela politécnica. El Instituto.

Pero lo que eleva á la Convención más que otra cosa es su bondad infinita, el esfuerzo inmenso que hizo, especialmente en el 93, para llevar á efecto las leyes de la fraternidad. Votó los retiros para los soldados, socorros á los refugiados. Adoptó á los niños abandonados, á los hijos de los condenados á muerte, á quienes llama con el dulce nombre de hijos de la patria. Socorre á las familias cargadas de hijos. Crea las escuelas de salud. Se encarga de administrar los hospicios y da á los hospitales

de París grande extensión y ordena que en el Hotel-Dieu no haya más que una enferma en cada cama, (hasta llegó á haber seis).

¡Pobre ser que hoy puedes mover tus doloridos huesos con cierta comodidad en la cama del hospital sin escuchar los gemidos tristes del ser moribundo que yacía en tu mismo lecho, acuérdate de aquellos bienhechores de la humanidad que por tí derramaron su sangre!

Por dos causas volvió la Asamblea á sus bancos deshonrados.

Se sentía útil al género humano.

No hubiera podido retirarse en el horrible estado en que se encontraba la Francia sin darle el golpe de gracia. Su retirada hubiera sido un crimen.

La Francia desorganizada, casi disuelta, abiertas todas sus fronteras sin gobierno, sin defensa, abrumada bajo el golpe en la Vendée, (que el día 1.º fué la dueña de la carretera de París) tenía aun una fuerza, una sola, su Asamblea. Toda la nación se suspendía de este débil hilo.

Es necesario tener el corazón endurecido para no reconocer el honor, el patriotismo desarrollado por aquellos hombres. La Montaña salvó á la Francia, cuyo solo recurso consistía en la autoridad de la Convención. El acta del día 2 de Junio, redactada y arreglada por el hombre más tímido de la Asamblea, no apareció hasta después de transcurrido algun tiempo. Cuando Gregoire pidió que se hiciera constar en el acta el insulto de que había sido víctima la Asamblea, el redactor Durand-Mailane dijo: «He dado cuenta de la *generalidad* de los actos, de suerte que pueda verse el estado en que deliberaba la Asamblea.» La Asamblea se contentó. Muda y triste pasó á la orden del día. Se conformó con lo ocurrido, y lejos de creerse insultada, comenzó á ocuparse de la Francia y no de ella misma.

La situación era casi desesperada en Abril. ¿Cómo era en Junio? No se iba ya hacia el abismo, se estaba en él. Una palabra bastará. Eran necesarios lo menos seis meses para buscar recursos, crear un gobierno, reorganizar el ejército. Y la caballería húngara necesitaba tres días para llegar de Valenciennes y dar de comer á sus caballos en la Convención.

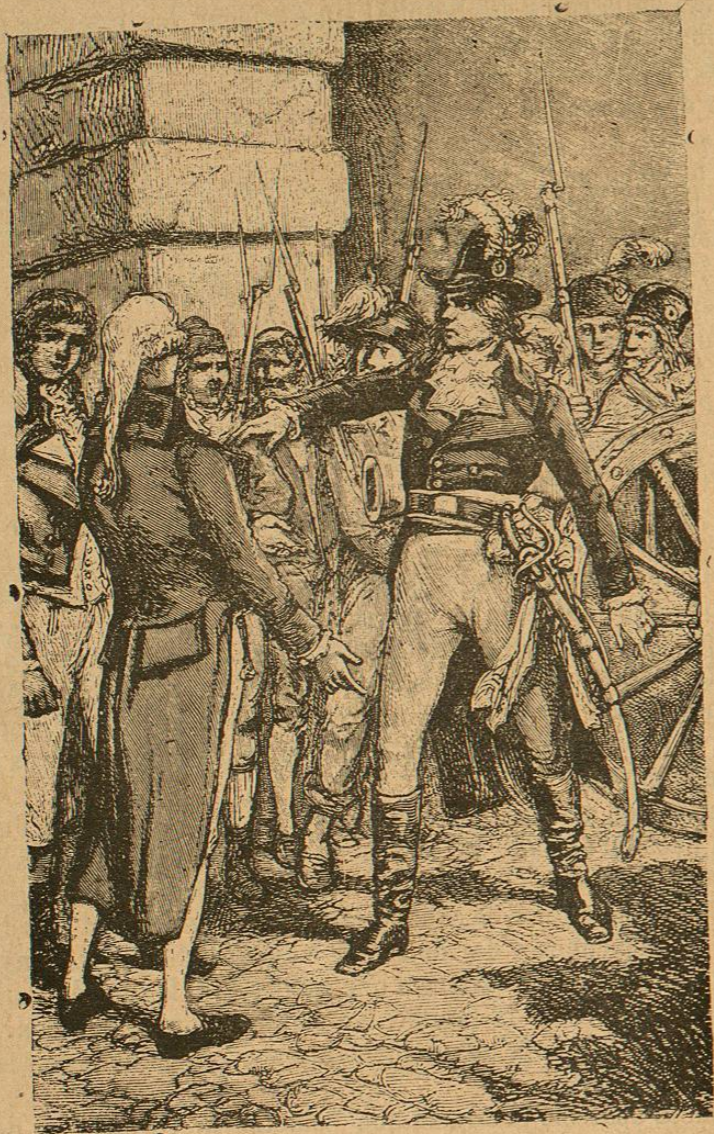
¿Por qué el ejército austriaco que estaba á 50 leguas de París no se atrevió á marchar sobre la capital? No hay más que una razón, y es la de que no quiso. Prefería indudablemente apoderarse de las plazas á colocar un rey en París.

Entonces apareció el crimen que cometió la Gironda, el de haber disputado durante tres meses cuando estaba presente el enemigo. Ni dejaba hacer ni hacía nada.

No supo exigir los impuestos. Se llegó hasta el extremo de pedirlos en géneros (Septiembre).

No supo vender los bienes de los emigrados. Las administraciones girondinas se resistieron á las órdenes de su ministro Roland y no supieron resistirse á las familias de los emigrados, que con documentos falsos lograban entrar de nuevo en posesión de sus bienes.

No apoyó el asignado castigando á quienes viendo á la Francia en peligro no respetaban su firma. Esto originó un hecho cruel. Aumenta-



Herauld y la Convención salieron en masa del pabellón del Reloj y se encontraron frente á Henriot. (Pág. 96)

ba el precio de los géneros, pero no el salario. En Julio costaba una miserable cuartilla de habichuelas treinta sueldos.

Tampoco apoyó el empréstito forzoso, en afortunada combinación que propuso Cambon y dejó que cayera la cosa en poder de los comités revolucionarios. La Montaña, como recursos contra la conjura de Europa,

contra un enemigo presto á caer sobre París tenía en su caja dos proyectos. El decreto del empréstito de mil millones y la emisión de mil millones más en asignados.

Pero para realizar este empréstito, para guardar cierta unidad en el caos inmenso que reinaba, para imponerse á los departamentos cruelmente irritados por las injurias que recibían, era necesario un gobierno.

Y entonces, bajo los ojos de la Montaña, se abría el abismo. Los remedios parecían tan crueles como los males.

¿Podían ser un gobierno los cuarenta mil comités revolucionarios? Muy ardientes patriotas como eran aquellos individuos, eran también inhábiles. torpes para gobernar y hubieran sido un instrumento peligroso. Gritaban, denunciaban, arrestaban á los sospechosos, se agitaban, eso sí. La Revolución en sus manos parecía uno de esos animalitos de mil pies que se agitan y no avanzan.

¿Podían ser un gobierno los representantes? Sus esfuerzos fueron patrióticos, admirables y prodigiosos; dieron su vida, su sangre pero no se trataba de morir. Lo difícil era vivir y moverse de acuerdo, entendiéndose unas fuerzas con otras, subordinándose á una dirección común. La violencia de su pasión, el ardor que ponían en todo era un obstáculo. En el concurso discordante de los representantes había todo lo contrario á una forma de gobierno, era como una tempestad de disputas y pasiones, un combate de fuerzas contrarias anulándose las unas á las otras.

El desorden, el peligro exigían una dictadura, no digo un dictador. Una Asamblea que acababa de cortar la cabeza á un rey no podía crear otro.

Los girondinos en sus romances hablaban del triunvirato de Marat, Danton y Robespierre, el rey de la Prensa, el rey de la Asamblea y el rey de los Jacobinos.

Ingeniosa ficción, pero sin base. Estos tres hombres se repelían, eran insociables.

Danton tergiversó el 2 de Junio, como ya había hecho en Enero. No merecía confianza.

Robespierre con su *insurrección moral* parecía muy desligado de todo, muy frío. Le faltaba la energía que requiere la imaginación popular.

Muchos lo estimaban, le admiraban pero decían que era solo un filósofo, un pobre hombre de bien.

El más aceptable era Marat, que aun en sus escurriduras tenía el mérito de haber sido consecuente. Había dicho franca y rudamente: «Hace falta un jefe.» Pero para decirlo solamente. El fué el jefe del 2 de Junio. Hizo *gracia y justicia*. Ser rey no es otra cosa. Pero desde este día la muerte lo señaló con su fatal dedo. No solamente los girondinos lo odiaron, si no que la Montaña no le oía ni se dignaba dar sus votos. Esto contrarió extraordinariamente á Marat. Ya enfermo se metió en cama. El día 20 escribió á los Jacobinos explicando sus palabras.